

Vidas lamentables de los "esclavos" fabriles soviéticos

(*El colapso de Rusia*. Por Gareth Jones. The Daily Express. 8 de abril de 1933. pág. 9)

Una noche, después de asistir a una recepción dada por la Oficina Soviética de Relaciones Exteriores en el Palacio de Moscú, fui a explorar las casas de los obreros en Moscú.

Hasta entonces me había impresionado con los cálidos abrigos de la mayoría de la gente que frecuentaba el centro de la ciudad y por la salud de los niños moscovitas. Había aprendido que los niños recibían buenas comidas en el colegio. Hablé con trabajadores capacitados que eran bien pagados y recibían bastante alimento en sus fábricas, y supe que algunos negocios estaban moderadamente bien surtidos, aunque la entrada estaba limitada a personas privilegiadas. El número de buenos automóviles corriendo por las calles me había parecido una gran mejora respecto a 1930 y 1931.

Lo que revelaron las calles laterales

En el teatro lleno yo había visto una multitud que me parecía muy de clase media en sus respetables vestuarios y aspecto bien alimentado. El caminar enérgico de muchos moscovitas me había impactado. La gente hambrienta no camina así, reflexioné. Las calles principales de Moscú estaban en buenas condiciones y habían mejorado respecto a los años anteriores. Si no fuera por los campesinos mendigos habría llegado a la conclusión de que todo estaba bien en Moscú.

¿Mis visitas a los hogares de los obreros soviéticos confirmarían esa impresión? Dejé el centro de la ciudad y me encontré sólo en una oscura calle lateral. Entré en un patio lleno de basura. A la izquierda se levantaba una casa de madera con una puerta abierta, a través de la cual pasé. Me llevó a un corredor semi iluminado con puertas en cada lado que llevaban a cuartos. Una mujer trabajadora salió. "¿Qué quiere?". "Quiero ver cómo viven los trabajadores", fue mi respuesta. Su marido me invitó a entrar. "Nosotros le mostraremos cómo nos hacen vivir a los trabajadores", dijo amargamente. Allí había un cuarto pequeño con una cama que ocupaba casi todo el espacio. "Tres de nosotros vivimos aquí", dijo la mujer.

"Venga y visite a la siguiente familia". El siguiente cuarto era aún más pequeño. Colgaba un ícono en una esquina. En la cama yacía una anciana, pálida y enferma. "Tres viven aquí", dijo ella, "pero cuando regresaron mis hijos con licencia del Ejército Rojo éramos cinco". Me pregunté cómo cinco podrían dormir en el pequeño espacio del cuarto. En algunos de los cuartos en la casa habían seis, siete y hasta ocho en cada uno.

Cuando hablaba con la anciana una joven de unos veinte años, con una larga corbata roja, entró. Su rostro alrededor de los ojos estaba hinchado por el llanto. Su madre la siguió, y su pálido rostro también estaba hinchado con lágrimas. "¿Qué ocurre?", pregunté. La madre respondió: "Nos han negado pasaportes, y tenemos que dejar Moscú para el 30 de marzo. No conocemos a nadie en el mundo excepto en Moscú, pero tenemos que alejarnos más de sesenta y cinco millas de Moscú. ¿A dónde podemos ir? ¿Cómo tendremos comida allí?".

Castigo sin pan por la ausencia de un día

"¿Pero seguramente les dejarán su tarjeta de pan?", pregunté. "Ni siquiera una tarjeta de pan, y no tenemos dinero". La anciana dijo que a ella le habían negado una visa, y tenía que dejar Moscú, pero estaba tranquila, y parecía resignada, aunque sabía bien cuál sería su destino.

Estas personas eran las víctimas de la pasaportización.

No es extraño que me enojara al día siguiente cuando un comunista, que parecía conocer cada estadística que debía conocerse, me dijo: "Esperamos que por nuestro sistema de pasaportización podremos eliminar el excedente de mano de obra de los pueblos. Alrededor de 700.000 dejarán Moscú. Pero podemos asegurarle que sólo ladrones, especuladores, kulaks, comerciantes privados y ex oficiales tendrán que irse".

En la misma noche que hablé con una obrera fabril en la casa de un trabajador, ella me dijo: "Son cruelmente estrictos en las fábricas. Si usted falta un día, es despedido, le quitan su tarjeta de pan, y no puede conseguir un pasaporte. La vida es una pesadilla. Yo camino a mi fábrica cada día, porque viajar en el tren atestado me destruye los nervios".

"Es más terrible que nunca. Si dice una palabra ahora en las fábricas le despiden". Este rigor en las fábricas es el resultado de los decretos del gobierno sobre la disciplina laboral. Su meta principal es atar a los buenos trabajadores a la fábrica y deshacerse de los vagos. Malditos por una continua desertión de las fábricas por trabajadores descontentos, que se iban a otras fábricas, el Gobierno Soviético decidió detener esto a través de una severidad que no es más que esclavitud.

"Trabajamos ahora por un mayor capataz de esclavos que nunca", fue el comentario de un obrero que conocía las fábricas pre-guerra. Este hombre fue a trabajar cada día con temor, porque vivía fuera de Moscú y tenía que alcanzar un ómnibus. Algunos de sus amigos habían sido despedidos por llegar a la fábrica un cuarto de hora tarde, y, viviendo lejos de su lugar de trabajo, temía el mismo destino. Ser privado de una tarjeta de pan, que es el castigo por un día de ausencia laboral, no es algo trivial en Rusia. No es sólo el más flojo el despedido, sin embargo, sino también el trabajador honesto.

Sin seguro de desempleo

Cuando llegué a Londres y vi el cartel "La tierra sin desempleo", el patetismo y la hipocresía de la situación me golpeó. En Moscú, en Kharhoff, en cada ciudad, miles están siendo expulsados de las fábricas. No reciben tarjeta de pan, como me dijeron numerosos trabajadores, o en algunos casos una tarjeta de pan por quincena. No reciben seguro de desempleo. Están privados de pasaportes y son enviados fuera de las ciudades hacia el campo, donde no hay pan y donde con frecuencia no conocen a nadie.

Más y más trabajadores están dejando las puertas de la fábrica para enfrentar el hambre. Una economía vigorosa está reduciendo el personal en muchas oficinas, y en algunas fábricas de veinticinco a cuarenta por ciento.

"¿Por qué tienen tantos desempleados?", fue la pregunta que hice a un comunista bien conocido. Su respuesta fue típica de la hipocresía de muchos Bolcheviques. "Nuestro desempleo está de acuerdo al plan. Estamos expulsando personas de las oficinas para hacer trabajar mejor a los demás. Estamos creando desempleo a propósito y el pueblo entiende". "¡De acuerdo al plan!". No importa la vida humana, en tanto todo sea "de acuerdo al plan".

La pasaportización, la disciplina laboral y el desempleo. Esos son los tres espectros que acechan al obrero ruso.